

gestiones que hizo por sí mismo un caballero que parecía reunir muchas ventajas, pero cuyos sentimientos heréticos adivinó, no obstante que había procurado disimularlos. «Quisiera mejor, dijo á los que le hablaban de esta »alianza, pasar toda mi vida en una prision, que unirme »en matrimonio á un enemigo de la Iglesia.» (1) Habiendo salido victoriosa de todos estos peligros por la proteccion de la Santísima Virgen, á quien habia tomado por madre desde su infancia, volvió á Dijon; y allí el presidente Fremiot la casó con el Baron de Chantal, primogénito de la casa de Rabutin. La mas perfecta igualdad se notaba en este enlace; el Baron, lleno de valor y de lealtad á su Rey, estando dispuesto á dar por él su sangre toda, si era necesario, tenia al mismo tiempo una afabilidad que agradaba á todos, una modestia que no conocia la altanería, y una dulzura de carácter que hacia su trato muy agradable. La Baronesa de Chantal, por su parte, unia á un aire noble y majestuoso una gracia natural sin artificio ni afectacion, un carácter vivo y alegre, un talento fácil y penetrante, un juicio seguro y profundo, un conjunto, en fin, de cualidades que la hicieron llamar *la Señora perfecta*. El Baron condujo á su nueva esposa á su castillo de Bourbilly, cerca de Sémur, y quiso que se encargara de la direccion de toda la casa ocupacion enteramente nueva para ella y tanto mas difícil en una casa tan grande, y que hacia mucho tiempo estaba en desórden.

La noble castellana comprendió su posicion, y supo al punto llenar todos los deberes, no pensando mas que en tres cosas: servir á Dios, agradar á su marido y velar por los negocios de la casa. Empezó por establecer un grande órden en todo el castillo; determinó los gajes y atribuciones de cada dependiente, de modo que todos estuviesen contentos; y mandó que se dirigieran á ella para todos los negocios. Levantándose siempre temprano, habia dado ya

(1) Memorias de la Madre de Chaugy sobre la vida de la Santa Madre de Chantal, p. 9 y sigs.

sus órdenes para el servicio de la casa y enviado las gentes al trabajo, cuando llegaba para su marido la hora de levantarse. Todos los dias oia Misa en la capilla del castillo, y hacia que asistieran todos, en cuanto se lo permitian sus negocios; hasta los dias que el Baron debia ir á caza muy temprano le proporcionaba, como tambien á todos los de su comitiva, la facilidad de asistir al santo sacrificio antes de partir á ella; pero los domingos y fiestas se dirigia puntualmente á la iglesia de la parroquia, aunque estaba á dos kilómetros de distancia, y escitaba dulcemente al Baron de Chantal, y las demás personas que se encontraban en el castillo, á hacer lo mismo, porque, decia: «á la nobleza toca dar el ejemplo de la asistencia »frecuente á la iglesia y á los Oficios que en ella se cele- »bran.» Temida y amada á la vez de los servidores de su casa, hacia reinar entre ellos el órden, la felicidad y la virtud: si cometian faltas no se incomodaba, sino que los reprendia con dulzura; si tenian vicios procuraba corregirlos, y no los despedia hasta despues de haber reconocido la inutilidad de sus avisos, cosa que no le sucedió mas que dos veces en su vida. Cuando el Baron se irritaba, sabia calmarle hábilmente; y cuando para castigar los delitos de sus vasallos encarcelaba algunos aldeanos en la prision del castillo, iba por la noche despues de recojerse todo el mundo, á buscar á los presos mas dignos de indulgencia, haciéndolos pasar de su calabozo á un cuarto donde podian acostarse bien, y al dia siguiente, muy de mañana, los volvia á su triste mansion, sin que se apercibiese nadie del piadoso fraude; y en la primera ocasion favorable pedia al Baron los pusiera en libertad, de un modo tan bondadoso y con tanta insistencia, que lo obtenia casi siempre.

Esta alma grande no conocia la ociosidad; todos los momentos que sus grandes trabajos le dejaban libre, los empleaba en leer las vidas de los santos, los anales de la Francia ó alguna otra historia útil; pero jamás un libro sospechoso en materia de fe, ó libre en materia de costum-

bres. Lejos de leer estos libros no los consentía en su casa, y los arrojaba al fuego cuando los encontraba.

No menos enemiga de la frivolidad, que hace del adorno un cuidado y una ocupacion, suprimia todos los gastos inútiles en su traje, hasta el punto que se decia de ella, que lo único que habia jóven en su persona era su rostro. Los dias de fiesta, y cuando era necesario presentarse segun su rango, se servia de sus trajes de boda, ó de los que tenia antes de su casamiento: fuera de eso no llevaba mas que vestidos de lana, siempre conservados en una perfecta limpieza, y arreglados con tanto gusto que se presentaba incomparablemente mejor que las personas mas ricamente adornadas (1).

Lo que se rehusaba á sí misma lo daba á los pobres; y no es fácil decir las limosnas que repartia su caridad. Los pobres, así que lo conocieron, acudian en gran número al castillo, de treinta kilómetros á la redonda; y cuando se presentaban los hacia entrar por una puerta del patio, les distribuia con sus propias manos una sopa y un pedazo de pan cortado de antemano y colocado en un cesto, y los hacia salir por la puerta opuesta. Todos los que se presentaban, cualquiera que fuera su número, recibian este alimento, y en un año de mucha hambre llegó hasta dárselo todos los dias.

Algunos, despues de haber recibido su racion, volvian segunda vez, y á veces una tercera á la puerta de entrada; y aunque ella conocia el engaño, les daba otras tantas veces la limosna sin decirles nada; «porque, decia en el fondo de su corazon, yo tambien ¡oh Dios mio! mendigo á cada instante á la puerta de vuestra misericordia, y no quisiera ser despedida á la segunda ni á la tercera vez. «Mil y mil veces sufrió mi importunidad; y ¿no sufriré yo «la de vuestras criaturas?»

A estas limosnas públicas, la señora de Chantal unia

(1) Memorias de la Madre de Chaugy sobre la vida de Santa Juana Francisca.

otras limosnas privadas, y todos los dias enviaba pan en secreto á varias familias honradas, á quienes la vergüenza les impedia mendigar. Tanta caridad no podia menos de agotar sus graneros; y en efecto, en una visita que hizo á ellos, no encontró mas que una medida de harina y muy poco centeno. Esta estrechidad no la desalentó, puso su confianza en Dios, continuó sus limosnas, y Dios con un milagro recompensó la fe y la caridad de su sierva, tanto que continuaron tomando durante seis meses del granero para distribuir las mismas limosnas, y al cabo de este tiempo se encontró la misma cantidad de harina y centeno que habia el dia de la visita (1).

Tan perfecta esposa como escelente ama de casa, la Baronesa de Chantal no manifestó nunca un solo deseo contrario á los de su marido; procuraba agradarle en todo, y con esta mira acogió siempre graciosamente á la nobleza de los alrededores, que acudia casi diariamente á participar con él de los juegos, los paseos, la caza y otros honestos pasatiempos; pero cuando el Señor de Chantal se ausentaba, cambiaba enteramente su modo de proceder. Ya no tenia cuidado de su adorno. «Los ojos á que debo agradar, decia, estan muy lejos de aquí; no tengo ningún motivo para adornarme.» Tampoco habia reuniones; recibia cortesmente á los que iban al castillo, pero con una reserva que hacia comprender bien, que no era aquel el tiempo de buscar allí diversiones. Habiendo en una ocasion ido un caballero para pasar allí la noche, partió á caballo y fué á dormir á otra parte. En fin, despues de Dios, el Señor de Chantal ocupaba solo su corazon, como el único objeto legítimo de sus afectos.

Su ternura brilló sobre todo en la enfermedad que tuvo el Baron ocho años despues de su matrimonio. Entonces, clavada casi continuamente, durante seis meses, á la ca-

(1) Memorias de la Madre de Chaugy sobre la vida de la Santa Madre de Chantal, p. 19. El autor afirma haber sabido este milagro de la misma boca de los que fueron testigos, y de la misma Madre de Chantal.

becera de su lecho, que no dejaba sino para ir de tiempo en tiempo á la capilla, le inspiraba dulcemente santos pensamientos, hablándole de la nada de la vida presente y de la dicha de servir á Dios lejos del tumulto del mundo. El enfermo, movido por estos discursos, le propuso un día prometerse mutuamente, que aquel de los dos que sobreviviese al otro, se consagraria por el resto de su vida al servicio de Dios. La fiel esposa, afligida con la idea de una separacion, procuró apartar de él este pensamiento, pero un sueño que tuvieron los dos vino á recordárselo; el Baron vió en él enrojarse su vestido como la púrpura; y la Baronesa se vió cubierta con el crespon negro de las viudas: doble sueño que no comprendieron entonces, pero que bien pronto les fué terriblemente explicado por los hechos. En efecto, habiendo llegado á una completa convalecencia, uno de sus amigos que habia ido á verle, le propuso, para recrearle y hacerle tomar el aire, ir á cazar en un pequeño bosque vecino al castillo. El Señor de Chantal aceptó gustoso la proposicion, y partieron los dos, llevando cada uno su arcabuz al hombro. Atravesaban un matorral, cuando de repente, sin duda por haber tropezado con una rama ó por alguna otra causa que se ignora, el seguro de la llave del arcabuz del amigo se soltó, salió el tiro y fué á herir en el vientre al desgraciado Baron, que sintiéndose herido de muerte, envió al punto cuatro de sus criados á otras tantas diversas parroquias, á buscar un sacerdote para que le administraran prontamente los santos sacramentos, y otro á la Señora de Chantal. La Baronesa estaba en la cama enferma; sin embargo, al saber esta triste noticia se levantó prontamente y corrió á donde se hallaba el herido. «Señora, le dijo este así que la vió, las disposiciones del cielo son justas, y debemos respetarlas, amarlas y morir.» Anonadada con un golpe tan terrible llamó prontamente á los médicos, rogándoles no perdonaran nada por salvar una vida tan preciosa. Ella llora, se aflige, y en medio de su dolor esclama: «Señor, tomad todo lo que tengo en este mundo, pero dejadme este esposo tan querido que me

»habeis dado.» En vano el Señor de Chantal, mirando la muerte con esa calma sublime que da la fe, le repite que el golpe que le ha herido viene del cielo; que debemos amar á Dios, tanto en los rigores de su justicia como en las efusiones de su bondad, y aceptar las reparaciones que impone; cada una de estas palabras, anuncio de una muerte próxima, es para ella como un puñal que la traspasa el corazon. Entre tanto el mal en sí tan grave, empeora de momento en momento, y el héroe cristiano espira entregando dulcemente su alma en manos de su Criador (1).

Este momento de indecibles angustias para la Señora de Chantal, perdiendo lo que mas amaba en el mundo y quedando viuda con seis hijos, de los cuales cuatro estaban en muy tierna edad, fué tambien para ella un momento de consagracion solemne de todo su sér á Dios solo. Desde entonces, sintiendo vivamente lo pasajera que es la felicidad en este mundo, y lo poco que se puede contar con las criaturas, ilustrada además con luces sobrenaturales sobre la nada de la vida, se despidió de todos sus criados, hizo voto de perpétua castidad, y concibió el mayor deseo de ser toda de Jesucristo y de no vivir ni respirar sino para él. Desde aquel momento, reconociendo en aquel mismo hecho que Dios la habia herido para su bien, y que todo lo hacia movido de su misericordia, sintió como un bálsamo de consuelo divino derramarse sobre su herida, hasta el punto que no podia comprender, segun confesó mas tarde, cómo era posible estar tan contenta, y sin embargo sufrir tanto. Tal era, en efecto, la amargura de su dolor, que no tenia gusto sino en pasearse sola en un pequeño bosque cercano al castillo, para derramar libremente su corazon y sus lágrimas delante de Dios, ó permanecer encerrada en su cuarto para entregarse en él á la oracion (2).

(1) Memoria de la Madre de Chaugy sobre la vida de la Santa Madre de Chantal, p. 25.

(2) Memorias de la Madre de Chaugy sobre la vida de la Santa Madre de Chantal, pag. 28.

Su pena, ya tan viva, se aumentaba aún con otro motivo de tribulacion, y eran tentaciones tan violentas como multiplicadas y casi continuas, que contrariaban el deseo ardiente que tenia de la perfeccion. Sin embargo, sentia atractivos tan poderosos hácia la vida perfecta, que hubiera querido dejarlo todo é irse á un desierto para no pensar mas que en su salvacion. «Si el lazo de mis hijos tan pequeños no me hubiera detenido, decia mas tarde hablando de esta época de su vida, hubiera huido á ocultarme en la Tierra Santa, para acabar allí mis dias desconocida de todo el mundo.»

Por otro lado, las tentaciones la afligian, pareciéndole que la impedian amar y servir á Dios como deseaba. Agobiada bajo el peso de tantas aficciones, pasaba sus dias tristemente en la soledad, el silencio y las lágrimas, y se la veia enflaquecer hasta el punto de ponerse desconocida. Las personas de su familia ó de las cercanías iban á visitarla con el intento de consolarla; pero estas mismas visitas eran para ella un nuevo tormento: «¡Ay! decia por la noche á sus hijas cuando se retiraba á su cuarto, no me dejan llorar á mi gusto; creen aliviarme y me martirizan.» Se arrojaba en su oratorio, desahogando delante de Dios sus lágrimas y oraciones hasta olvidar el sueño. Sus hijas se lo recordaban, instándola á que no se negara á un reposo que le era tan necesario; obedecia, pero con frecuencia, cuando veia dormidos á todos los de la casa, se levantaba y pasaba una parte de la noche en oracion.

En medio de todas estas angustias, no tenia mas que un deseo en el corazon, una cosa nada mas pedia al cielo, y era la gracia de conocer la voluntad de Dios sobre ella, y encontrar para esto un guia ilustrado que se la mostrase (1). Para obtener este favor y seguir el impulso interior que la llevaba al desprendimiento de todo lo que no era Dios ó segun Dios, distribuyó en las iglesias los trajes que

(1) Memoria de la Madre de Chaugy sobre la vida de la santa Madre de Chantal, p. 31.

podian servir para decorar los altares ó ser trasformados en ornamentos sacerdotales, resolviendo no usarlos mas que de lana; dió á los pobres los vestidos de su marido que podian convenirles; despidió una parte de sus criados, despues de haberlos recompensado generosamente, no conservando sino los que absolutamente eran indispensables para el servicio de su familia; y repartió las horas del dia entre la educacion de sus hijos, la oracion, la lectura y el cuidado de los pobres y de los enfermos. Los velaba cuando era necesario; curaba sus llagas con gran respeto y á veces de rodillas, para honrar mejor á Jesucristo en su persona; y despues de haberles prestado toda clase de asistencia hasta la muerte, los amortajaba con sus propias manos.

Varios meses trascurrieron, y un empleo tan santo de todos los momentos, no le habia obtenido aún del cielo lo que deseaba tan ardientemente, un guia que la dirigiera en la senda de la perfeccion. Lo pedia con todas sus ansias; y aunque nadie la habia hablado nunca de la utilidad de un director para la vida espiritual, la gracia la habia ilustrado de tal suerte sobre esta verdad, que no cesó de gemir y orar, hasta que encontró al Obispo de Ginebra. «Yo pedia esta gracia á Dios, decia mas tarde, con una intensidad y una fuerza increíbles. Asimismo iba á pasearme sola, y como trasportada decia á Nuestro Señor en alta voz: Dios mio, os ruego me deis para conducirme espiritualmente un hombre que sea verdaderamente un santo, que me haga conocer vuestra voluntad y todo lo que quereis de mí, y yo me ofrezco á hacer todo lo que me diga.... Os lo ruego por vuestra fidelidad á vuestras promesas, á Vos, que habeis ofrecido no dar una piedra á los que os pidan pan y abrir á los que llamen á la puerta de vuestra misericordia.... y al decir estas cosas, sentia que Dios queria que le pidiese lo que su bondad deseaba darme.» (1) A tan fervorosos ruegos la piadosa

(1) Memoria de la Madre de Chaugy sobre la vida de la santa Madre de Chantal, p. 32.

viuda unía ayunos, limosnas, y la intencion de los pobres á los que encargaba rogaran por ella. Movidó por tantas instancias, el cielo le hizo conocer que habia escuchado su oracion. Un dia que paseándose por el campo rogaba á Dios, como siempre, le mostrara el guia espiritual que debia conducirle, vió á corta distancia un hombre con sotana, roquete, el bonete cuadrado en la cabeza, tal, en fin como vió mas tarde á San Francisco de Sales en el púlpito de Dijon, y oyó una voz que le dijo: «Hé ahí el guia »amado de Dios y de los hombres, en cuyas manos debes »entregar tu conciencia.» Y al punto desapareció la vision, dejando en su alma un consuelo inesplicable, acompañado de la certeza de que Dios la habia escuchado. Otra vez, estando en oracion en la capilla del castillo, le mostró Dios una multitud innumerable de vírgenes y viudas que acudian á ella, y le dijo en el secreto del corazon: «Mi verdadero siervo y tú, tendreis esta generacion, que »será para mí una compañía escogida, pero quiero que sea »santa;» palabras que fueron para ella un misterio, porque no tenia entonces otro proyecto ni otro deseo que obedecer perfectamente al director que le fuera dado, aunque tuviera para esto que sufrir y sacrificarlo todo; pues las penas tanto interiores como exteriores, que pudiera encontrar en este camino de la obediencia, escitaban mas bien su atractivo que su repugnancia, por que segun decia: «Sufrir por Dios es el alimento del amor en la tierra »como gozar de Dios es el alimento del amor en el cielo.» Poco despues de haber oido esta voz, un dia que las tentaciones y las turbaciones interiores combatian su alma, resonó otra voz en su oido que le dijo distintamente: «Que no entraría en la paz de los hijos de Dios sino por »la puerta de San Claudio.» El significado de estas palabras no lo supo por entonces, y solo lo comprendió mas adelante, como veremos en su lugar (1).

(1) Estas visiones y esta voz, por extraordinarias que puedan parecer á algunos lectores, no pueden ser puestas en duda por los que conozcan el alma

Hacia ya un año que gemia, no solo de dolor por la muerte de su marido sino de disgusto hácia el mundo, por el deseo de ser toda de Dios, y de no obrar sino por obediencia, cuando el presidente Fremiot, su padre, la hizo ir á Dijon para distraerla de su afliccion. Encontró allí, en efecto, una distraccion con la visita de los piadosos oratorios, que hay en gran número, tanto en la ciudad como en los alrededores, á donde se complacia en ir, para pedir á Dios el santo director que debia aconsejarla. Pero allí tambien encontró un escollo: instada por sus amigas á que confiase la direccion de su conciencia á un buen religioso no lejos de la ciudad, cedió á sus instancias, aunque vió claramente que no era el que le habia sido mostrado. Mas este director, sin duda para prevenir á su penitente contra la tentacion de no rendirse á sus decisiones y consultar sin fin nuevos directores, exigió de ella el voto imprudente de que no habia de dirigirse nunca con otro, de que no habia de comunicar su interior mas que con él, y de que habia de guardar secreto de todo lo que la dijera; luego la prescribió muchas oraciones, meditaciones y prácticas piadosas, muchos ayunos, disciplinas y cilicios; la sobrecargó de métodos y observancias de dia y de ejercicios durante la noche. La dócil penitente observó al pie de la letra todo lo que le ordenó; pero todo esto, lejos de devolver la paz á su alma, no hizo sino aumentar sus ansiedades é inquietudes. Marchaba como por un aspero desierto sin encontrar en él el maná de que estaba hambrienta. Este martirio duró mas de dos años: triste resultado de la falta de esperiencia de un director que queria conducir las almas por sus propios caminos, en vez de hacerlas caminar por las sendas de Dios (1).

A estas penas interiores vinieron á unirse nuevas cru-

elevada y grave de la Madre de Chantal, que estaba tan lejos de poder ser tachada de débil ó visionaria. La Madre de Chaugy, que las refiere, pág. 33, las habia sabido de la misma boca de la santa.

(1) Memorias de la Madre de Chaugy sobre la vida de la santa Madre de Chantal, pag. 31 y sig.